

blo, con el número sinnúmero de almas que él ganó para el Evangelio; allí San Andrés presentará ante el Soberano Juez la Acaya; San Juan el Asia; Santo Tomás las Indias; allí comparecerán todos los pastores del rebaño de Jesucristo con sus respectivas ovejas, y allí también me presentaré yo, seguido de todos vosotros, y confiado en la misericordia divina, diré al justo Juez: «Señor, ved aquí los fieles que me habéis confiado; ni uno solo se ha perdido (1). Estos son mi gozo y mi corona.» (2).

Pero, amados míos, ¿cómo podré yo tener gozo si alguno de vosotros se pierde? ¿Qué mayor pena para un pastor que ver alguna de sus ovejas descarriada ó devorada por el lobo? Por lo mismo, yo os ruego encarecidamente, con el Apóstol, «que permanezcáis siempre firmes en el Señor». (*Sic state in Domino.*) Resistid fuertemente al ejemplo de los malos, y á sus instancias y caricias (3); no olvidéis que son agentes de Satanás y que vosotros sois hijos de Dios muy amados.

Ellos, por su desgracia, son enemigos de la cruz de Cristo, y su fin será la perdición: nosotros, llevando siempre mortificadas nuestras pasiones y gloriándonos en la cruz de nuestro divino Salvador, seremos reformados en cuerpos gloriosos y nuestra morada será en los cielos.

Ellos tienen por Dios el vientre y gustan sólo de lo terreno; nosotros, por el contrario, usando de lo terreno sólo lo estrictamente necesario ó proporcionado para la vida, formaremos nuestras delicias en pensar y saborear las cosas celestiales y divinas.

Ea, pues, cristianos *Sursum corda!* Somos amigos de Dios, hijos de Dios, ciudadanos del cielo; ¿por qué nos hemos de abatir hasta el extremo de vivir como los topes adheridos á la tierra? *Sursum corda!* Elevemos los corazones á lo alto, miremos á las mansiones de la gloria; ellas constituyen nuestra patria y nuestra bienaventuranza eterna *Sursum corda!* El Señor, por su misericordia, se digne preservarnos ahora de la corrupción del siglo, y después por su infinita bondad, poner en nuestras frentes la corona inmortal de la gloria. Amén.

(1) Quos dedisti mihi custodivi, et nemo ex iis periit. (Joann., xvii.)

(2) Gaudium meum et corona mea.

(3) Si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis. (Prov., I)

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XXIV después de Pentecostés.

#### Sobre el objeto de nuestras peticiones á Dios.

**H**ERMANOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre, después de habernos indicado en el Domingo anterior cuáles son los hombres enemigos de la cruz de Cristo y cuáles los que se glorian en ella, ó lo que es lo mismo, cuáles son los buenos y los malos cristianos, termina hoy el año eclesiástico, enseñándonos, por la mediación de San Pablo, cuál debe ser la ocupación continua de los verdaderos fieles de Cristo. Endulcemos nuestros oídos oyendo las mismas palabras del Apóstol. Dice así:

«*Hermanos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda sabiduría é inteligencia espiritual, á fin de que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios; y también le ruego que seáis revestidos de toda fortaleza, por el poder de su gloria; para qué en todos los acontecimientos tengáis paciencia y longanimidad acompañadas de regocijo, dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el cual por su sangre hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.*» (Coloss., I, 9 al 14.)

Dos ideas, amados míos, sobresalen en esta Epístola: una, cuál haya de ser el objeto principal de nuestras peticiones á Dios; otra la de acción de gracias en que todos hemos de ejercitarnos durante esta vida terrena. Y como quiera que el asunto es grave, la materia larga y el tiempo corto, forzoso es que concretándonos hoy á lo primero, os explique con brevedad las dos principales peticiones que indica el Apóstol. A saber:

- 1.<sup>a</sup> El conocimiento de la voluntad divina.
- 2.<sup>a</sup> El cumplimiento de esta divina voluntad.

## PUNTO 1.º

## OBJETO PRIMARIO DE NUESTRAS ORACIONES

«La oración, amados míos, es para nuestra alma lo que el aire para nuestros pulmones. No somos capaces de pensar ni de hacer nada sin el auxilio de Dios, y Dios quiere que le pidamos dicho auxilio. «*Pedid — dice — y recibiréis para que vuestro gozo sea pleno* (1).» Nuestro grande Apóstol hallábase tan penetrado de esta verdad, que continuamente amonestaba á los cristianos para que, en una ó en otra forma, no cesaran de orar. «*Orad sin intermision — les decía* (2) — y él mismo les daba ejemplo, imitando á Cristo nuestro Señor, que subía al monte á orar y pasaba las noches en oración (3).

Pues bien; el santo Apóstol de las gentes, en la Epístola de este día, ejercita esta hermosa y necesaria virtud, diciendo á los Colosenses: «*Hermanos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros.*» (*Non cessamus pro vobis orantes.* Verso 9.) Como diciéndoles, y diciéndonos á todos: «Este es el oficio propio y constante de los cristianos, ya sean justos, ya pecadores, ya hombres, ya mujeres, ya jóvenes, ya ancianos; nadie puede dispensarse de la obligación de orar. A rogar por nosotros nos impulsa la necesidad, y á orar por nuestros prójimos nos obliga la caridad. En cuanto á mí, os amo con todo mi corazón, y por eso «*no cesamos de rogar á Dios por vosotros*». Ejemplo os doy, y jamás debéis olvidarle; porque todos encontramos en nosotros mismos un fondo de pobreza, que nos obliga á recurrir al Señor, tesoro infinito y dador de todo bien, que se complace en dar. Todos tenemos necesidades que satisfacer, malas inclinaciones que corregir, faltas que enmendar, talentos que perfeccionar, virtudes que aumentar, deberes que cumplir y una suma debilidad en sostenernos contra el mal en la práctica del bien. Oremos, y oremos sin intermisión. (*Sine intermissione orate.*)

Este es el alcance de las palabras primeras de nuestra Epístola. Es preciso orar, y orar continuamente; pero ¿qué bienes son los que hemos de pedir al Señor con preferencia? El mismo Apóstol lo declara á continuación: «*No cesamos — dice — de orar por vos-*

(1) Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. (Joann., XVI, 24.)

(2) Sine intermissione orate. (I Thesal., V, 17.)—Oratione instate, vigilantes in ea. (Colos., IV, 2.)

(3) Pernoctans in oratione Dei. (Luc., VI, 12.)

otros, pidiendo á Dios *que os llene del conocimiento de su voluntad.*» (*Postulantes ut impleamini agnitione voluntatis ejus.* Verso 9.)

¡Oh, hermanos míos! Siempre fué necesario en el mundo este conocimiento, pero hoy tal vez más que nunca, porque hemos llegado á un extremo inconcebible de ignorancia sobre cuál sea la voluntad de Dios respecto de nosotros. Honda pena causa considerarlo, y mucho más el que los hombres vivan contentos en su in-sipiencia y no traten de poner remedio.

Si fijamos la atención en lo que está pasando á nuestra vista, ¡cuán profunda es la ignorancia de algunos! ¡Cuán altanera la pretendida sabiduría de otros! ¡Cuán olvidados de la voluntad de Dios los mundanos todos! ¿Qué es esto? ¿Por qué tal demencia? ¿Es que los hombres no necesitan ya del Señor? ¿Es que se proclaman independientes de su voluntad soberana?

Hay, por desgracia, hombres tan materializados en las cosas de la tierra que apenas levantan los ojos al cielo. Su vida es enteramente rutinaria, parecida á la que llevan los animalitos sin razón. Se levantan por la mañana, toman su alimento corporal, se dedican luego á su trabajo ó á sus diversiones, piensan en pasar la vida lo mejor y más cómodamente posible, y llegada la noche se entregan al reposo y al sueño, tal vez sin haber dedicado siquiera un minuto á pensar que tienen alma, que hay otra vida, que hay un Dios cuya voluntad debemos conocer y venerar y cumplir, porque todo lo ordena á nuestro bien con su dulce, suave y amorosa Providencia.

¿Se detienen, por ventura, tales hombres á considerar el hermoso espectáculo de la creación para admirar las riquezas del Criador y para adorarle y darle gracias por tan grandiosos, sublimes y continuados beneficios?—No; nada de eso.

¿Se fijan siquiera en que el aire que respiran, y el sol que los alumbra, y el agua que los refrigera, y la variedad de plantas, flores y frutos, juntamente con las aves de los aires, y los peces de los mares, y la multitud de animales terrestres, son otros tantos beneficios del Señor, puestos á nuestro servicio con ternura singular y con Providencia amorosísima?—No; nada de eso.

Pero ¿cómo han de considerar estas cosas, cuando muchos ni siquiera reflexionan que hay en ellos una substancia espiritual distinta de la corporal, llamada alma, que no muere con el cuerpo y que ha de ser juzgada de Dios en la otra vida según sus obras? ¿Cómo han de vivir espiritualmente, cuando todas sus operaciones y aspiraciones son por completo materiales, olvidando lo pasado,

no mirando lo porvenir y ocupándose sólo en lo presente, en placeres groseros y en los efimeros bienes de este siglo? ¡Qué degradación la del hombre que se encuentra en tal estado y que obra de semejante manera! ¿Podrá salvarse así?—No; nada de eso.

Pero aún es mayor la desdicha de aquellos que llamándose sabios en las ciencias del mundo, son ignorantes en el conocimiento del verdadero Dios y de su voluntad adorable. Si penetramos algo en las sociedades contemporáneas, encontraremos á cada paso hombres ilustrados que hablarán á maravilla de los derechos de las coronas como hombres de Estado; que discurrirán sobre los deberes de los príncipes y las obligaciones de los vasallos, como hábiles políticos; que ordenarán y dirigirán los ejércitos como experimentados generales; que desenvolverán los sucesos de los tiempos más remotos, como profundos historiadores; que disputarán de todo, desde el humilde hisopo hasta el encumbrado cedro del Líbano, como curiosos observadores de toda la naturaleza; que sabrán cuanto hay que saberse en punto á costumbres, modas y usos del siglo; pero que, sin embargo, todos ellos con tanto saber, ignoran lo más esencial, lo más necesario, lo únicamente necesario, que es *la ciencia de Dios*, la ciencia de la Religión verdadera, la ciencia de la salvación del alma, la ciencia de la voluntad de Dios, sin la cual toda ciencia es ignorancia. ¿Podrán salvarse de este modo?—No, nada de eso.

Hermanos míos; la ciencia de las ciencias es conocer á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y por eso el glorioso San Pablo, en la Epístola de este día, dice á los Colosenses: «*No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad.*» Esto, pues, es lo primero que todos hemos de pedir al Señor; ya para que abran los ojos los sabios y prudentes del siglo, ya para nosotros mismos, pues por mucho que estudiemos y sepamos en el conocimiento de los designios de Dios, siempre podemos ir añadiendo nuevos grados de tan hermosa y provechosa ciencia. Y esta es la razón porque el Apóstol no pide simplemente que los Colosenses conozcan la voluntad divina, sino que *sean llenos de ese conocimiento, en toda sabiduría é inteligencia espiritual.* (*In omni sapientia et intellectu spiritali.*—Verso 9.)

Mas ¿basta, por ventura, saber bien cuál sea la voluntad de Dios respecto de nosotros?—No por cierto; pues además es preciso que nos dediquemos á cumplirla; nueva gracia del Señor, que constituye el segundo objeto de nuestras oraciones, como ahora diremos.

## PUNTO 2.º

## OBJETO SEGUNDO DE NUESTRAS ORACIONES

Mucho debe notarse, hermanos carísimos, que cuando San Pablo pide á Dios que *seamos llenos del conocimiento de su voluntad*, añade estas palabras: «*Con toda sabiduría.*»—¿Sería conducta digna de sabios conocer plenamente la voluntad del Señor y no adherirse á ella, ni amarla, ni saborearla, ni venerarla, ni ponerla en ejecución, en cuanto de nosotros dependa?—No, en verdad, y por eso la misma palabra «*Sabiduría*», está diciéndonos que en la vida cristiana es preciso, no sólo *conformar*, ó mejor dicho, *identificar* nuestra voluntad con la divina en todos los acaecimientos de la vida, por adversos que sean ó parezcan, sino cumplir con actos libres de nuestra voluntad propia, todo cuanto entendamos que Dios quiere; ya nos lo signifique en sus divinos Mandamientos, ya lo preceptúe por su santa Iglesia, ya por nuestros legítimos superiores, ó ya de cualquier otra manera. La voluntad de Dios ha de ser siempre la regla suprema de nuestras acciones; que por eso dice á continuación el Apóstol: «*Para que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos de todo género de buenas obras.*» (*In omni opere bono fructificantes.*—Verso 10.)

Tal es, amados míos, el término final á que ha de encaminarse la plenitud de nuestros conocimientos. Tened presente que en el día del juicio no se nos ha de preguntar solamente lo que hemos sabido, sino también *lo que hemos practicado*: no se nos dará el reino de los cielos por haber conocido la voluntad de Dios, sino por haberla acatado y venerado, y haberla dado exacto cumplimiento.

Y nótese bien: no basta cumplirla en lo material, sino que es preciso además ser fieles en lo espiritual; es decir, cumpliéndola *de una manera digna de Dios (Digne Deo)*, con amor, con prontitud, con regocijo, con perseverancia. Un Dios tan amoroso, tan grande, tan amable y que tanto nos galardona, ¿no merece que le sirvamos con tales sentimientos de ternura y de amor?

Más diré. No es suficiente que así lo hagamos en una ó en otra cosa, porque es de absoluta necesidad que lo realicemos en todas, deseando agradarle. (*Per omnia placentes.*) Y tanto es así, que, según la doctrina de otro Apóstol, «*el que habiendo observado toda la ley, llegara á violarla en un solo punto, se haría culpable de haberla*

violado toda (1)». Es decir, que violando un mandamiento de la Ley de Dios se violan todos en el concepto de que el alma se condena lo mismo por un pecado mortal que por muchos, sin más diferencia que á mayor número de pecados corresponde mayor intensidad en los tormentos.

¡Dios mío! ¡Cuán espantoso es este pensamiento! Si los hombres le lleváramos siempre en la memoria, ¿cómo era posible que ninguno fuera tan desventurado y tan enemigo de sí mismo que se atreviera á cometer ni un solo pecado mortal? Si se reflexionara que un sólo pecado grave mata al alma, extingue en ella la caridad, nos priva de todos los méritos adquiridos antes por nuestras buenas obras, y nos sepulta para siempre en el infierno, ¿quién en sano juicio sería osado á cometerle?

Pero aún no lo hemos dicho todo, porque cuando San Pablo nos dice en nuestra Epístola, que «andemos dignamente agradando á Dios en todas las cosas» (*Per omnia placentes*. Verso 10), denota que no basta en nosotros evitar los pecados mortales, sino que con toda solicitud y empeño hemos de alejar de nuestra alma aun los que llaman veniales, y también los defectos voluntarios aunque no entrañen pecado; porque todo esto desagrada al Señor, y el Apóstol nos encarga que le agrademos en todo.—(*Per omnia placentes*.)

¡Oh, si consideráramos bien la Epístola de este día! No desagrada á Dios únicamente el pecado mortal, sino también el venial, y le desagrada de tal manera que aun en esta vida suele castigarle con penas terribles, y en la otra castiga lo que llamamos culpas leves, con el fuego atormentador del Purgatorio, con aquel fuego tan ardiente y vivo, que en su comparación este nuestro de la tierra es como pintado; con aquel fuego, que, según graves doctores, no se diferencia del que atormenta á los condenados del infierno, sino en la duración, esto es, en que no dura eternamente. Desagrada tanto á Dios un solo pecado venial que á sus ojos es mayor mal que la destrucción de todo el universo, mayor que aniquilar la bienaventuranza de los Santos en el cielo, mayor que todo cuanto sufren los condenados en el infierno. Es decir, que nosotros jamás hemos de cometer á sabiendas un pecado venial aun cuando se nos dijera que con él podíamos evitar todos los males físicos del mundo, y salvar todas las almas, y cerrar para siempre los infiernos. A evitar, pues, cuanto sea posible, los pecados veniales, seencaminan

(1) Quicumque totam legem servaverit, offendet autem in uno, factus est omnium reus. (Jacobi, II, 10.)

las palabras citadas del Apóstol: «Agradando á Dios en todas las cosas.»—(*Per omnia placentes*.)

Más todavía, El alcance de dichas palabras es mayor; pues San Pablo con ellas nos amonesta, no sólo á que agrademos á Dios huyendo de todo género de pecado, sino *fructificando en toda especie de obras buenas*, que por eso añade á continuación: *In omni opere bono fructificantes*.

Tal es el grado de perfección á que el Doctor de las naciones quiere que estemos siempre aspirando, no haciendo nada malo y practicando lo bueno, no solamente en esta ó en la otra ocasión, sino siempre; y como esto no puede conseguirse de ordinario sin oración previa, por eso él no cesa de hacer oraciones al Señor, dándonos ejemplo y enseñándonos cuál ha de ser el objeto principal de nuestras oraciones.

En suma, el grande Apóstol nos exhorta en la Epístola de hoy y quiere que nosotros, con recta y pura intención, y llenos de ardientes deseos, solicitemos del Señor la gracia de hacer en todo y siempre su divina voluntad, evitando toda especie de pecados, graves y leves, y aun las faltas deliberadas que puedan desagradarle; aprovechando al mismo tiempo con gusto todas las ocasiones de practicar las virtudes, creciendo en ellas cuanto sea posible á nuestra flaca naturaleza, ayudada de su divina gracia; con la dulce confianza de que perseverando en ellas hasta el fin, hemos de conseguir la inmortal corona de la gloria. Amén (1).

## HOMILIA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XXIV después de Pentecostés.

#### Sobre la perseverancia y acción de gracias á Dios.

**A**MADOS hermanos míos: Por fin hemos llegado, con la gracia de Dios, á la última Dominica del año eclesiástico, y juntamente al término de mis pobres explicaciones sobre las hermosas Epístolas de San Pablo. En lo que corresponde al día de

(1) Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. (Matth., X.)